LA NACION EL UTOPISTA PRAGMATICO
FECHA D.27/ENERO/2002 PAG 1
0 1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12 13 14 15 16 17 18cm

Mauri Heinonen: *Marttyyri*, óleo, 162 x 130 cms. 1970 - 1971.
Gentileza Museo de la Solidaridad Salvador Allende.

# HISTORIA, DERECHOS HUMANOS Y ÉTICA DE LA MEMORIA

Jorge Osorio

Quiero partir reconociendo el trabajo de Elizabeth Lira y Brian Loveman en el ámbito de la historia de las confrontaciones políticas en Chile, y de los procedimientos que la sociedad ha utilizado para recuperar la paz social. Los estudios recientes de ambos han permitido profundizar además en el análisis de las justificaciones morales que los actores de los conflictos han esgrimido para dar cuenta de sus responsabilidades. En este sentido, los trabajos de Lira y Loveman han elaborado una metodología para estudiar las deliberaciones morales en la historia de Chile. En el texto que comentamos ahora, donde a Lira y Loveman se han sumado Pablo Salvat y Tony Mifsud, emerge un propósito adicional muy relevante, cual es entender el proceso de sedi-

continúa en página 2

LA NACION EL UTOPISTA PRAGMATICO
FECHA D.27/ENERO/2002 PAG 2
0 1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12 13 14 15 16 17 18cm

## EL "EFECTO TRIVELLI" Y LA EFICIENCIA

Mi primera reacción ante el procedimiento de llenado de cargos por concurso y con la asesoría de una consultora externa, impulsado por el nuevo intendente metropolitano Marcelo Trivelli, fue negativa. Me pareció un movimiento extremo por llevar la lógica de la empresa privada, de la competencia y de la eficiencia individual, al sector público, avanzándose un paso más en la ruptura de los tejidos asociativos. Sin embargo la iniciativa tenía también otra cara: permitía espacios para que se destacaran personas nuevas dentro del tejido del grupo, que difícilmente tendrían una oportunidad en virtud de las prácticas de *caciquismo* que siempre han existido entre nosotros, y que hoy están exacerbadas.

Aparte de estos dos componentes, valoré desde un comienzo el componente de coraje que representa que una autoridad se las juegue por sus convicciones, tensionando los usos y poderes de la tribu.

Hoy acepto la iniciativa como una de carácter experimental, que merece ser observada y evaluada con detención.

En el intertanto, quiero tomar este episodio para discutir un tema más de fondo, que es el de la primacía del concepto de eficiencia competitiva, que confronto aquí con lo que llamo la eficiencia colaborativa.

La eficiencia competitiva desata energías, pero también genera fuertes tensiones con efectos dañinos para la salud física y emocional, y al evaluarla cabría deducir estos costos. Lo que llamo eficiencia colaborativa se basa en la energía de un grupo que quiere hacer las cosas bien. No genera una intensidad que "reviente" a la persona, y por lo mismo no produce los otros costos asociados.

La eficiencia competitiva también es dañina si se asocia a la autoestima, porque todos los derrotados hacen crisis existencial. Por otro lado, si la eficiencia competitiva no se da dentro de una malla de protección comunitaria, perder la competencia es una virtual amenaza de muerte, lo que hace propender al uso de armas deshonestas para ganar.

Todo ello no ocurre en la eficiencia colaborativa, que tiene como trasfondo una comunidad cooperando en busca de su bien común. (E.Y.)

EL UTOPISTA PRAGMATICO

Publicación independiente. Circula con el diario LA NACION los días domingo, y con los diarios electrónicos www.primeralinea.cl y www.sociedadcivil.cl

nº 53 • 27 de enero 2002

**Director:** Eduardo Yentzen Peric
**Director de arte:** Ignacio Reyes Cifuentes
**Diseño gráfico:** Macarena Von Meck Mack
**Colaboración Periodística:** Andrea Pequeño Bueno
**Representante Legal:** Igor Saavedra
**Dirección electrónica:** utopistapragmatico@terra.cl
**Fono:** 274 94 70

LA NACION
**Director:** Guillermo Hormazábal
**Editor:** Willy Haltenhoff

**Consejo Editorial:**
**Presidente:** Igor Saavedra
**Integrantes:** Ximena Abogabir, José Bengoa, Francisco Brugnoli, José Joaquín Brunner, Clara Budnik, Silvio Caiozzi, Fernando Castillo Velasco, Carlos Cerda, Enrique Correa, Elicura Chiuailaf, Hernán Dinamarca, Cecilia Dockendorf, Ariel Dorfman, Mónica Echeverría, Rodrigo Egaña, Antonio Elizalde, Francisco Estévez, Manuel Antonio Garretón, Oscar Guillermo Garretón, Ramón Griffero, Pedro Güell, Jaime Hales, Tomás Hirsch, Martín Hopenhayn, Ricardo Israel, Alfredo Jocelyn-Holt, Leonel Lienlaf, Humberto Maturana, Tomás Moulian, Claudio Naranjo, Arturo Navarro, Juan Pablo Orrego, Nicanor Parra, Fernando Reyes Matta, Francisco Rojas, María Teresa Ruiz, Vicente Ruiz, Nissim Sharim, Gastón Soublette, Bernardo Subercaseaux, Agustín Squella, Enrique Tirapegui, Eugenio Tironi, Rolando Toro, Luis Weinstein, Raúl Zurita.

viene de página 1

mentación ética que los conflictos de alta violencia y represión política desarrollados desde 1891 han generado. Destacamos que este libro abre una senda para estudiar cómo se ha constituido en Chile un ámbito público de deliberación acerca de la violencia política, la violación de los derechos humanos, la institucionalización de la reparación, las treguas y la reconciliación política. Está pendiente la respuesta acerca de si nuestro país ha podido elaborar desde su experiencia histórica la capacidad para construir una idea común acerca de los derechos humanos como fundamento de la convivencia democrática y de la cultura política.

Por ello, el tema de si la experiencia histórica transformada en memoria histórica ha sido entre nosotros fuente de una ética política es, a mi entender, el asunto más atractivo a que nos invitan a reflexionar Salvat y Mifsud. La ética de la verdad es siempre una ética memorial.

Destaco que el libro que comentamos representa una contribución muy notable a un debate universal que se ha visto acrecentado en la última década por el impacto de los grandes dramas humanitarios y políticos de los años 90 en Africa y los Balcanes, pero también por una ampliación de la sensibilidad global acerca de los derechos humanos y la necesaria revisión de la historia de este siglo a la luz de tal sensibilidad. Por ello es que nos hemos visto enfrentados en el mundo a un debate global acerca de la Memoria, como fuente de una reflexión política y ética. A los aportes de obras que han sistematizado este debate, como *Leteo, Arte y Crítica del Olvido* de Harald Weinrich, *Modernidad y Holocausto* de Bauman, *Explicar a Hitler* de Ron Rosenbaum, *Los Verdugos Voluntarios de Hitler* de Goldhagen (y la disputa que generó en Alemania), *Frente al Límite* de Tedorov, *Lo que queda de Auschwitz* de Giorgio Agamben, entre otras, se suma la recuperación en la filosofía y en la teología del pensamiento memorial de Simon Weil y Walter Benjamin, y más recientemente el documento de la Comisión Teológica Internacional *Memoria y Reconciliación* y el Discurso de Juan Pablo II a la Academia Pontificia de abril de 2001, que pusieron el sello de la ética memorial en la agenda del pensamiento católico de principios de este siglo. En este contexto intelectual emerge este libro, y los anteriores de estos autores, como una contribución desde la experiencia histórica chilena. Sin embargo, los temas ejes que plantea el libro son universales y sobre ellos quisiera referirme en general.

Los autores ratifican el planteamiento de Hanna Arendt cuando señala que donde hay acción siempre hay responsabilidad. Quizás podríamos leer todo el texto como una historia y una ética de la responsabilidad política en Chile. Lo notable del libro, sin embargo, es que propone también una *política del reconocimiento y de la Memoria*. El presente no queda reducido a una simple presencia. Existe la intuición de que el pasado es fuente de una identificación, de una diferencia, de una cierta cohesión. El pasado, por muy contradictorio y equívoco que nos parezca, vertebra y define el reconocimiento de los otros en cuanto sujetos de un orden político compartido. Como consecuencia de esta manera de pensar hay una búsqueda por darle un sitio a lo que se ha dejado fuera o descartado, y reconocer la necesidad de darle un espacio público a la interpretación de la historia. La historia es una deliberación pública.

Hacerse cargo de esta mirada tiene algunas consecuencias: de partida hacerse cargo del tema del perdón como un asunto de interés público, no sólo como un acto privado. La historia de las violaciones de los derechos humanos y el peso y las condiciones que ellas generan en la reconstitución de una cultura política democrática hacen del perdón y de la reparación un tema de deliberación. El libro deja claro que lo que sucede en nuestra sociedad es que el concepto moderno de orden político, que considera el perdón como apaciguamiento en sociedades que tienen necesidad de olvidar, lo infausto es insuficiente para asegurar la paz social y la reconciliación política. No basta apaciguar. Como tampoco parece acertado pensar que las condiciones de tal reconciliación sólo serán posibles desde el otro extremo: aquel que señala que es preciso conservar un territorio para lo imperdonable y que sólo desde el no-perdón frente a las violaciones de los derechos humanos será posible afirmar estos derechos y una memoria humanitaria.

A mi entender este es un tema que va como un tejido, como un trasfondo en el libro, y que expresa quizás uno de los dilemas más radicales de la sociedad chilena: el reservar territorios de no-perdón es una manifestación de un cierto fracaso para reconciliarse con la idea de lo humano asociado a la idea de un proyecto civilizador. El no-perdón fue una constante en la literatura de la memoria post Primera Guerra Mundial y se expresó como una reacción radical de fracaso, desconfianza y pérdida de todo optimismo… es una especie de sentimiento de fin de la historia, fin de la política. Lo único que cabe en tales intelectuales del no-perdón es el refugio, la huida, la ocultación. El no-perdón es la consecuencia de no reconocerse parte de una comunidad que ha quedado maldita por sus crímenes. No es exigible el perdón para quien ha decidido quedar fuera de una comunidad, al margen de todo intento de construir un sentido común.

El no-perdón es la manifestación también de una relación con el pasado a la manera de un pasado que siempre regresa como vergüenza, como pasado y vergüenza eterna. Levinas ha definido la vergüenza como la imposibilidad de nuestro ser para desolidarizarse de sí mismo… la huida por efecto de la repugnancia y el asco de lo humano.

El no-perdón plantea una ética de la memoria que hace del pasado un presente sofocante, sin salida, una condena a un pasado repetido, como en Funes el memorioso de Borges.

Me parece ver en el libro una propuesta de reconstrucción del pasado en vista de una nueva manera de relacionarse con el perdón, la reparación y la reconciliación, y por tanto, una ética de la memoria construida en clave liberadora.

Tanto Salvat como Mifsud plantean una ética que arranca de la constatación de que vivimos en una especie de amnesia cultural, lo que es un *handicap* para construir una solidaridad compartida, una política de reconocimiento mutuo. El planteamiento de ambos abre la posibilidad de pensar el perdón y la reconciliación en cuanto producciones sociales, sobre la base de entenderlo como procesos comunicacionales, argumentativos, públicos, que incluyen la confesión, la institucionalización de la deliberación pública sobre las interpretaciones de lo infausto, y la ritualización de perdón a nivel social.

En esta perspectiva lo importante es la recuperación de referentes básicos de comunicabilidad, de constitución de mínimos éticos que sustenten el reconocimiento de sujetos y derechos, y la reconstrucción de espacios en los cuales sea posible justificar públicamente las actuaciones y las responsabilidades de los actores. El pasado es una reconstrucción pública y está sujeta a una indagación positiva y una valoración ética. En este caso, el perdón y la reparación son posibles pues a la huida del no-perdón le corresponde más bien tipo de racionalidad donde el recuerdo se asocia a un impulso ético que requiere confianza en lo público y la opción por regenerar un orden político.

De esta manera, volviendo al texto, vemos en la intención de los autores escribir una historia no tanto para recuperar el pasado, sino para crearlo, para hacerlo visible y significativo políticamente, para crear las condiciones sociales para su interpretación, para comprender sus huellas transformándolas en signos públicos, en memoriales con capacidad de movilizar la sociedad hacia el futuro, desde una ética del reconocimiento y la solidaridad.

El libro elabora los materiales simbólicos suficientes para enfrentar la tarea de desatar, destrabar la imperdonalidad, el no-perdón en cuanto fin y fracaso de la historia y de la política.

Sin embargo, algunos asuntos quedan pendientes para hacer sustentable la ética memorial y del reconocimiento, que plantean Salvat y Mifsud: debemos conocer y entender cómo se da en nuestro país la producción social de la expiación, debemos analizar la producción social de la indiferencia moral, debemos estudiar la lógica de los usos políticos de la memoria y el rol de los funcionarios de la memoria.

Indagando en este trasfondo podremos hacer más sustentable las tareas de la reconciliación y el perdón político, no como concesiones a una política de la memoria pragmática y presentista, sino como fuente de una democracia de ciudadanos reconstituida públicamente y capaz de hablar de su historia liberada del miedo de que sus fantasmas la derrumben.

Jorge Osorio Vargas, Secretario Ejecutivo del Fondo de las Américas-Chile. Presentación al libro Reflexiones sobre la paz social y la impunidad. *Ética y política de la verdad en Chile. 1891-2001.*